

EL ALARBE DE MARSELLA.



EJEMPLAR CASTIGO

que ha ejecutado Dios nuestro Señor con un caballero de la ciudad de Marsella, por varias muertes y otras atrocidades que habia practicado.

A la Celestial Princesa,
Madre del divino Verbo,
le pido me dé su gracia,
porque sin ella no puedo
mover mi rústica pluma,
ni dar á entender al pueblo
lo que sucedió en Marsella
á un desdichado mancebo
por sus torpezas y vicios,
y sobrado atrevimiento

Y así con el favor sumo
de la que es Reina del cielo,
daré principio al asunto,
para que sirva de ejemplo
á los que siguen los vicios
y los deleites del suelo.
En la ciudad referida
residia un caballero;
este tenia un hijo,
cuyo nombre no refiero,

mas diré que era un alarbe,
segun lo dirán los hechos.
Apenas llegó á quinze años,
guiso vivir tan travieso,
que á sus padrec les perdia
los más dias el respeto:
no por falta de doctrina,
pues que tenia un maestro
para que le enseñara;
y él atrevido y soberbio,
así que se le antojaba,
solo por no estar sujeto
á la obediencia del padre,
se salia con secreto
por una escusada puerta
que habia detrás de un huerto,
y al primero que encontraba,
sin temer al Dios Eteruo,
le quitaba por su gusto
la vida luego al momento.
De esta suerte mató á cinco,
solo por un pasatiempo,
hasta que al fin una noche
permitió el Señor Supremo,
que esta maldad, esta infamia,
este torpe atrevimiento,
se descubriese matando
á un principal caballero,
que apenas le dió la muerte,
de la justicia fué preso,
y á la cárcel lo llevaron.
Mas su padre con dinero,
y el favor de algunos nobles,
le libró de aquesto riesgo,
y á su casa lo llevó,
dándole dos mil consejos,
y quanto más le exhortaba,
mas se infundia en su pecho
la maldad desenfrenada
en un grado tan extremo,
que el pobre padre aburrido
cayó gravemente enfermo,
y entre angustias y pesares

exhaló el postrer aliento,
dando al cuerpo sepultura
con general desconuelo.
Quedó su madre afligida
llorando al espóso tierno,
y el perverso de su hijo
para darla mas sentimiento
le dió idea de encerrarla
en un oscuro aposento:
fué luego abriendo las arcas,
despacio reconociendo
el oro y plata que habia,
joyas y alhajas de precio,
y lo metió en la maleta,
sin dejar ningun dinero,
y en un ligero caballo
qua atrás se dejaba el viento,
al amanecer del dia
se fué y dejó en el encierro
á su inocente madre;
y una mujer de gobierno
que cuidaba de la casa,
oyó los tristes lamentos
de su dueña y entró al punto
á favorecerla, y viendo
de tan mal hijo la audacia,
llevada de sentimiento,
dió voces al vecindario:
vinieron muchos, y luego
avisando á la justicia,
llegó pronto, y escribieron
por relacion de la madre
la verdad de todo el hecho.
Y aquella fiera indomable,
con otros diez compañeros,
salieron por los caminos,
robando los pasajeros
y á muchos daban la muerte,
para no ser descubiertos
Llegaron tarde á una venta,
y porque no les abrieron,
llevados de su ira y saña,
para matar al ventero

le dieron fuego á la venta,
y desde allí partieron
al reino de Cataluña,
mil delitos cometiendo.
A una doncella encontraron
con su padre anciano y viejo,
y después de atropellarlos,
sin temer á Dios inmenso,
juntos el padre y la hija
los arrojaron al fuego
porque su vida acabasen
en el voráz elemento.
Pasaron más adelante,
y encontraron un arriero
con dos cargas de cacao,
al instante lo prendieron,
y con rigor lo dejaron
atado en lo más espeso,
y el cacao y los dos mulos
en un lugar los vendieron.
A la posada do estaban
llegó un mercader, y luego
que vieron tan buena presa,
dijeron al mesonero:
señor mío, á questa noche
perdices en salmorejo
queremos para cenar,
y tres pares de conejos.
Para el gasto dos doblones
adelantados le dieron,
y entretanto que la cena
las mujeres compusieron,
con el mercader trabaron
conversacion, conociendo
que traia mucha plata,
y con alevoso intento
cenaron y se acostaron;
y quando estuvo en silencio
la casa, se levantaron
todos once, y se fueron
al cuarto donde dormia
el mercader, y le dieron
la muerte inmediatamente;

y después quatro mil pesos
que tenía en la maleta
tomaron, y se salieron
todos por una ventana,
y en el bosque se metieron
donde pasaron el día.
Y apenas el manto negro
tendió la noche, ocultando
las luces del claro Febo,
enderezan su camino,
sin tener ningún recelo,
y dentro de breves días
á Marsella se volvieron,
y antes de llegar robaron
en la iglesia de San Diego
muchas alhajas de plata
y preciosos ornamentos,
que en aquella iglesia habia
para los cultos supremos.
Entró en Marsella una noche
con los demás compañeros,
y en la casa de su madre
llamó á la puerta, y de presto
entrando, la halló que estaba
tiernas lágrimas vertiendo,
imaginativa y triste;
y él atrevido y soberbio
quiso quitarle la vida,
más le salió mal su intento;
que así que le vió su madre,
arrodillada en el suelo
ante un Crucifijo esclama:
«¡permitid, Señor inmenso,
que en una forma espantable
vea yo este alarbe fiero,
sin que se pueda mover,
porque sirva de escarmiento
á todos cuantos le vean:
oidme, Señor, atento,
pues ofendió tu bondad
y no contento con eso
quitarme la vida intenta
sin temor de Dios inmenso!»

Esto dijo, y de repente
se trasformó tan horrendo,
plantado en medio la sala
rodeado todo su cuerpo
de una espantosa culebra,
todo cubierto de pelo,
con los dos pies de caballo,
las manos de leon fiero,
la cabeza de dragon,
que causaba espanto y miedo;
solo le quedaba el rostro
de hombre, pero vertiendo
por ojos, boca y narices
vivas centellas de fuego.
Saltale por la boca,
por permission de los Cielos,
un rótulo que decia:
«vergan á tomar ejemplo
los hijos inobedientes
á sus padres, que por eso
estoy ardiendo entre llamas
del abismo del infierno.»
Y apenas la vió su madre
en aquella forma puesto,
cayó en tierra desmayada;
y recobrando el aliento
llorando lágrimas tiernas
al Autor del universo
pidió que le perdonase;
pero no tuvo remedio,
porque ya ardia en las llamas
de los abismos eternos.
Alborotóse la casa,
los vecinos y los deudos,
y todos los moradores
de la ciudad acudieron,

y al ver vision tan horrible
sin poder tomar aliento,
atónitos y asustados
muchos en tierra cayeron.
Unos santos sacerdotes
conjuraron al momento
el espectáculo, y dando
un estallido tan recio,
que pareció que se hundian
los astros del firmamento,
desapareció, dejando
un hedor tan violento
de azufre por la ciudad,
que duró por mucho.
Los otros diez que quedaban
la cuadrilla deshicieron,
y en conventos diferentes
el hábito recibieron
del Seráfico Francisco,
misericordia pidiendo
á Dios y á su Santa Madre,
con grande arrepentimiento,
para que Dios les perdone,
los malos pasos que dieron.
A la enmienda pecadores,
al vicio pongamos freno,
mantengamos la obediencia
á los padres, que con esto
quedaremos bendecidos
del sacro Espíritu Eterno.
Mirad que Dios nos lo manda
en el cuarto Mandamiento
de su santa ley divina:
y de esta suerte tendremos
paz y concordia en la tierra,
y eterna gloria en el cielo.

FIN.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.